

Reseñas

Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, introd., texto crítico y notas de Lilia E. Ferrario de Orduna, 2 ts., Berlin: Reichenberger, 1997 (Teatro del Siglo de Oro. Ediciones Críticas, 84), 431 y 531 pp.

Es sabido que Cervantes en *El Quijote* subvierte los tópicos de los prólogos y en lugar de que los amigos lo animen a publicar su obra, se autopresenta ocioso, con la pluma en la oreja, y es el propio amigo el que hace de prologuista. Prefiere igualmente inventar sus poesías laudatorias en lugar de encargárselas y no por carecer de amistades, como le reprochara Avellaneda, sino porque se burla de las autoridades, de las citas al margen y de otros adornos de los preliminares de las obras. Así, los sonetos que alaban a caballero, escudero y dama salen de los personajes del *Amadís* y de otros colegas de caballerías como el mismo don Belianís de Grecia, que envidia las proezas del gran Quijote. Admiración recíproca, pues don Quijote lo cita como ejemplo de caballeros andantes, aunque no se iguala a Amadís, y de excelente acuchillador y acuchillado, aludiendo a las innumerables heridas que recibió en lides. Efectivamente, son tantas y tan profundas que, a no ser por la sabia Belonia y sus ungüentos y "confaciones olorosas", tendría "por más cierta la muerte que la vida".

Salvadas del famoso escrutinio, las cuatro partes del *Belianís de Grecia* pasan a poder del barbero, pero con la condición de que nadie las lea. Hoy, a unos 450 años de su primera aparición, debemos transgredir la prohibición del cura porque contamos con una excelente edición crítica a cargo de la doctora Lilia E. Ferrario de Orduna, del Consejo

Nacional de Investigaciones Científicas de Argentina, quien después de una ardua, laboriosa y larga tarea, a veces interrumpida por las grandes distancias entre las bibliotecas, ha puesto a nuestro alcance este *Belianís* que hizo las delicias del emperador Carlos y por cuyo deseo se escribieron la tercera y cuarta partes.

Su estudio introductorio contempla los pormenores y las observaciones que debe tener en cuenta todo investigador que se dedique a la crítica textual. En primer lugar, se hace un balance del problema de las ediciones existentes, de una supuesta *princeps* (1545) mencionada por Clemencín, y de algunas confusiones de fecha y lugar de críticos y bibliófilos como Pellicer, Ochoa, Brunet, Salvá, Palau y Dulcet, y Simón Díaz. La doctora Ferrario aclara todos estos errores y nos presenta las ediciones conocidas y los ejemplares existentes en diferentes bibliotecas, además de las traducciones italianas, francesas e inglesas.

El sumo cuidado del cotejo la llevó a detectar los casos de restauración en el xvii, que provocaron "variantes desvinculadas del contexto", además de los provenientes de *ditografías* u *homoioteleuton* y los múltiples defectos de impresión como tipos volcados, sucios o mal entintados. Todos estos problemas son resueltos a la hora de fijar el texto para acercarlo lo más posible al que salió de la pluma de Jerónimo Fernández.

Cada una de las ediciones es detalladamente descrita; tipos de papel, grabados, orlas, iniciales, calderones, adornos florales o figuras zoomorfas sugieren diferencias interesantes sobre los artistas y talleres de la época.

No menos valiosa es la investigación sobre las imprentas, los tipógrafos y los libros coetáneos al *Belianís* que salieron de las prensas de Burgos, lugar de la primera y cuarta edición de las Primera y Segunda partes de este libro de caballerías.

El léxico y el estilo son objeto de otro estudio tanto dentro de las pautas del género caballeresco —el recurso de la falsa traducción, la continuación de las aventuras de los personajes, los magos de las “historias fingidas” o las profecías— como en su propia singularidad —el énfasis en ciertas costumbres y vestimentas de Francia— y en algunos aspectos relevantes para los estudiosos de la lengua y su evolución.

Una aguda observación de la doctora Ferrario, de extrema importancia a la hora de hacer una edición crítica, que atañe a la recepción de estos textos voluntariamente arcaizantes y con el ritmo de la prosa medieval, es la de la puntuación correcta. Se refiere la investigadora a los periodos extensos con múltiples nexos relativos, adversativos y gerundios que hoy nos resultan acaso insoportables, pero que no podemos aplicarles nuestros cánones actuales de puntuación en virtud de la oralidad de estas obras. Es decir, en una lectura en voz alta hay que saber en qué momento cortar para no interrumpir lo que “oímos narrar”.

Tanto la bibliografía, exhaustiva en lo que se refiere a crítica textual y a libros de caballerías,

así como las notas, demuestran un conocimiento del contexto, una gran constancia y un incommensurable trabajo. Estas últimas son una mina de erudición de la que se extraen cuestiones lingüísticas sobre el uso de ciertos vocablos, su documentación en obras medievales y en otros libros de caballerías coetáneos, el registro de las variantes en las diferentes ediciones, los tipos volcados con su lectura correcta, los vulgarismos que introducen los cajistas o los casos dudosos en los que la editora siempre arriesga una interpretación pertinente. Los tópicos de la literatura caballeresca, consignados en nota, contribuyen también a enriquecer el estudio introductorio.

Esta imprescindible edición enseña, ilustra y contagia el fervor y el entusiasmo que esta profesora argentina ha puesto en el estudio de las “caballerías”, como ella gusta llamarlas, y es, sin duda, un incentivo y un modelo para futuros investigadores de la lengua y de la ecdótica. Los amantes del género caballeresco igualmente podrán adentrarse en cuevas, asistir a las batallas y justas, visitar países lejanos, enredarse en aventuras sin cuento y deleitarse con el rico estilo descriptivo o con los parlamentos amorosos de los cortesanos.

Es encomiable la labor de rescate de este “hijo” del *Amadís* y habría que esperar la reedición de muchos otros libros de caballerías en el olvido.

MARÍA JOSÉ RODILLA

Universidad Autónoma Metropolitana-
Iztapalapa